

labra es *un universal individualizado*, la cual individualización resulta siempre hecha ó por signos y gestos que concreten la intención del que habla (tratándose de lengua no formada, ó de idioma no bien conocido), ó por la *combinación* con otras palabras (v. gr., con un calificativo ó con un demostrativo), que si bien son igualmente universales en su género, lo son cada uno en su orden, según la categoría que como parte de la oración le corresponda, sirviendo así las unas para limitar á las otras en sus diversos respectos. En este sentido, lo individual no tiene nombre propio y singular en ninguna lengua, ni es posible, ni necesario que cada individualidad como tal aparezca con su designación peculiar. No es posible, porque las cosas existentes, los elementos de cada una, y las cualidades y accidentes y aspectos de ellas, son en número incontable; todo lo cual puede aumentarse indefinidamente por *combinaciones, relaciones, etc.*, de cada objeto; de suerte que las denominaciones deberían ser tan innumerables como las entidades y propiedades denominadas, sin que fuese factible ni imponer nombre á todo lo existente, ni recordar los que fuesen impuestos, ni que los demás aprendiesen esa inmensidad de vocablos para entendernos. No es necesario, porque siendo el objeto de la palabra comunicar nuestras ideas haciéndolas entender á los demás, en cuanto las ideas son por su naturaleza universales, por parte de ellas bastan designaciones también universales, sin que exijan ni aún admitan otro signo para ser enunciadas; y en cuanto tales ideas recaen sobre individuaciones objetivas, basta cualquier medio demostrativo, que concrete el valor general del concepto que se le aplica en cada caso, lo cual puede obtenerse aun sin las palabras. Hablar, pues, viene á ser *limitar en combinación sistemática lo general por lo general, mediante las varias categorías de palabras* (1).

(1) «El mecanismo del lenguaje, escribe á nuestro propósito Benot (*Arquitectura de las lenguas*, I), consiste en formar las *entidades elocutivas* que constituyen los nombres propios de los objetos, ó de sus actos ó estados, etc., y en ordenar esas *entidades* según un sistema especialísimo que las hace propias para exteriorizar y simbolizar todo lo que de tales objetos, actos ó estados tenemos que decir. Las entidades elocutivas se forman con palabras. La combi-

Cual sea la clasificación genética de estas categorías de palabras *universales*, se deduce de su misma universalidad significativa. Las primeras formas vocales más amplias por su extensión y fuerza designativa al mismo tiempo, son los *pronombres demostrativos*, que puede decirse constituyen nombre universal (*genus generalissimum*); sobre las cualidades de los objetos que más afectan á los sentidos, constitúyense luego designaciones más limitadas que las de la categoría pronominal dicha, pero al mismo tiempo de amplitud muy general á su vez (*genera generaliora*), nombres de instrumentos, aplicación de calificativos á la causalidad diversa de las cosas, etcétera). Los nombres *abstractos* resultan luego de los nombres de *géneros-cualidades*, y de los nombres de *géneros-substancias*. Los primeros se fundan en una cualidad general, prescindiendo de toda combinación con otras cualidades expresivas de la substancia, como *lo frío, ó el frío, lo blanco, ó la blancura*, etcétera. Los segundos parten de cualidades que reflejan naturaleza ó condición substancial, como *humano*, nombre abstracto,

nación es, pues, de esencia para hablar. A la combinación incumbe expresar lo individual, ya en la frase, ya en la oración. Y á la cláusula exteriorizar lo que tenemos que decir de lo individual. «Habré de decir, asienta Leibnitz (*Nouv. Essai*) que casi la totalidad de las palabras son en su origen términos generales, pues apenas sucede que se invente sin razón un nombre no aplicable más que á un individuo dado. Debe, pues, decirse que los nombres *individuales* fueron nombres *específicos*, (en otro lugar les llama apelativos) los cuales se aplicaron á un individuo cuando sobresalía por cualquier concepto... Las palabras particulares solas de nada servirían para extender nuestros conocimientos... mientras cabe sacar provecho de las generales como tales, y convertirlas á la vez en particulares. «Sobre el valor lógico de la palabra, y el verdadero concepto de signo, son muy de tener en cuenta las observaciones que ya hicieron los filósofos escolásticos; (v. acerca de la doctrina de Santo Tomás sobre la palabra, el art. V, p. I del *Conocimiento sensitivo* de Salis-Seewis, y el t. I. del *Conocimiento intelectual* de Liberatore; v. asimismo, entre otros muchos, los *Conimbricenses*, I; Arriaga, *Cursus philos.*; Log.; C. Alamannus, *Summ. philos.*, I; Sylv. Maurus, *Quaest. philos.* q. 56, Fonseca, *Inst. Dialect.*, y en general, todos los autores del escolasticismo, que suelen ser despreciados sin ser conocidos. Losada, Roselli, y entre los modernos, Sanseverino, Tilm. Pesch y Urraburu en sus «Lógicas» respectivas, resumen los conceptos de la antigua escuela.

*humanidad; divino*, nombre abstracto, *divinidad*, etc. Las designaciones *individuales*, son, en realidad, designaciones *generales*, cuya determinación concreta se hace por otras palabras, como sucede con la *generalidad* de un *nombre propio*, y su singularización en una persona concreta, mediante el *apellido*. Son, pues, *formas complejas* que ya implícita ya explícitamente, cual acontece en el caso indicado, resultan de adjetivos primitivos, que pueden llamarse *nombres de géneros-cualidades*, en cuanto distintivos de los objetos por su cualidad dominante: de ahí que el *Sol* sea originariamente *lo brillante*, — *la tierra*, *lo árido*, *lo seco*, — el *agua*, *lo rápido*, etc. Después de los adjetivos dichos, que sirven para establecer las cualidades genéricas, deben figurar los *géneros-substancias*, ó sea las designaciones por las cuales se caracteriza un conjunto de cualidades, mediante una cualidad principal, lo cual constituye los *nombres comunes* (*genus proprium*). De suerte que aun en estos nombres que producen los *sustantivos*, hay una realidad objetiva de donde depende la verdad de dichos nombres comunes, y también sus divisiones (nombres de *agente*), que encierra idea de movimiento; la combinación de un nombre común con un adjetivo, (nombre y apellido respectivamente en el ejemplo propuesto), limitándose así el nombre que expresa el género de las personas ó cosas que llevan ó pueden llevar tal nombre, por la cualidad que la distingue de otras cosas ó personas del mismo género.

Como los caracteres distintivos de un objeto ó persona pueden ser múltiples, de ahí que las designaciones propias puedan ser muy complejas y varias. Una frase entera puede servir de denominación particular, y en rigor toda frase, por lo mismo que tiene por objeto una descripción concreta, puede decirse una denominación propia de las ideas ú objetos á que se aplica, como lo es la designación nominal de una persona.

Por cuanto la *individuación* de un *nombre común* puede hacerse por muy diversos conceptos, de ahí las diversas categorías de designaciones propias. Unas son *permanentes*, otras *ocasionales*; otras *circunstanciales*, según el carácter de la cualidad por la cual se predica de una persona ó cosa un nombre común. Algunos se fundan en una relación substancial, como cuando decimos *cuerpo humano*, *mente humana*, etc.; otras en una rela-

ción accidental, como al decir *casa real*, *vestido pobre*, etc. No pocas resultan de la combinación de un nombre común con una cualidad dentro del mismo género, p. ej., *hombre blanco*, *hombre negro*, etc., producen otras por la combinación del nombre con cualidades de género extraño, v. gr., *mano férrea*, *corazón acerado*, etc.

De esta suerte, toda designación concreta procede por combinación de voces de suyo no concretas, que se eslabonan en el lenguaje, para volver á su indeterminación fuera de él.

6.º La vida del lenguaje es una resultante de la vida del espíritu, de tal forma, que la actividad psíquica que se ejerce en la palabra, es siempre independiente de ella. El lenguaje que depende del hombre en su existencia real y en sus modificaciones, no tiene relación alguna necesaria ni con el individuo ni con la sociedad que le dió ser y forma determinada. En este sentido, nada menos exacto que decir que la lengua caracteriza un pueblo. Una sociedad, en efecto, puede recibir sucesivamente todas las lenguas existentes, sin inconveniente alguno en orden á la adaptación; los descendientes de los celtas, cuyo idioma fué celta, hablan hoy como lengua suya en España el español, en Francia el francés, etc., cual si fuesen estas sus lenguas primitivas; muchos árabes y judíos adoptaron en la Península el español y el portugués como propios, no de otra suerte que la raza latina dejó de hablar latín, y pudiera hablar hoy cualquiera de las lenguas del tronco menos conocido; de esta manera muchos pueblos de América, Asia, Oceanía y Africa, con idiomas los más diversos entre sí, recibieron el idioma de España, hablándole con la misma naturalidad que los habitantes de su antigua metrópoli. Lo que se dice de la sociedad, se dice de los individuos en particular, pues á cada uno afecta el lenguaje; un europeo educado desde su infancia en China, hablaría el chino como lengua suya, de igual manera que acontecería á un chino educado en Europa.

7.º La capacidad intelectual de los pueblos no guarda relación ni es norma de la lengua. Pueblos de capacidad igual hablan idiomas completamente diversos, y otros que aparecen en grado desigual, tienen una misma lengua; de la misma manera, pueblos de civilización muy antigua poseen lenguas rudimentarias y más imperfectas que las de muchas regiones

incivilizadas, como sucede con el chino comparado con otros idiomas de Asia, Africa, Oceanía y América. En cuanto á los individuos, dentro de una misma sociedad pueden contarse muchos intelectualmente desiguales, que nada se diferencian en el idioma, mientras existen muchos de igual nivel intelectual en distintas sociedades, que están lejos de entenderse entre sí, y de usar lenguajes comparables.

8.º En ninguna lengua las palabras tienen orden necesario para ninguna clase de ideas. El sonido que es nombre, verbo, preposición ó adverbio pudiera tener oficio gramatical diverso, apareciendo con uso invertido, y de hecho sucede que una misma palabra en distintas lenguas es una parte de la oración también distinta. Sin embargo, así en la distribución de palabras constituidas hoy gramaticalmente como en el uso de las voces, no es igual la condición del hombre en cuanto se suponga formando el lenguaje primitivo, y en cuanto aparece recibiendo ya formado. En su origen, los sonidos orales, cualquiera que sea la teoría que se sostenga sobre la lengua primitiva, tienen un fundamento real, pues no fueron impuestos los nombres á las cosas de una manera totalmente arbitraria, ni hoy mismo existe lengua alguna en que las palabras no respondan á la esencia, cualidades, etc., de los objetos, ó no expresen al menos algo con ellos relacionado que justifique la denominación. En el lenguaje primitivo no era, pues, el hombre indiferente para todos los sonidos, que pudiesen expresar ideas, y existió para la designación oral una razón que no fué convencional. En el lenguaje ya formado, por el contrario, el hombre se halla indiferente para expresarse con cualquier sonido y en cualquier idioma, con una subordinación puramente convencional ó de circunstancias á una lengua determinada; al formarse el lenguaje, la acción intelectual recae en las palabras, mas en una lengua que se nos da formada, la acción de las palabras recae en el desenvolvimiento del espíritu. En el primer caso, los vocablos no pueden responder con exactitud á la exigencia de las ideas; faltan palabras capaces de corresponder á los conceptos universales, las cuales palabras habrán de formarse sucesivamente de los nombres concretos, siguiendo la norma del espíritu. En el segundo, las ideas comienzan por no responder con exactitud á lo que se

significa por las palabras de una lengua formada; faltan conceptos que abarquen todo el significado de las palabras universales, á cuya norma habrán de ir ejercitándose las fuerzas del entendimiento: el niño aprenderá desde la cuna el nombre *Dios*, y sin embargo, el conocimiento científico, tal como nos es dado alcanzarlo de la idea que allí se encierra, tardará largos años en adquirirlo; aprenderá los nombres de los objetos que le rodean y de sus propiedades, los de los colores, los de los fenómenos atmosféricos, del sol, de la luna, de las estrellas, y otros mil; pero la idea, ó cúmulo de ideas que halla el físico, el astrónomo, etc., bajo aquellos nombres, están muy lejos de la capacidad infantil, á pesar de que el sabio y el niño que comienza á hablar profieren cada palabra de igual manera.

9.º Como se colige de lo dicho, los medios generales de adquisición de la lengua se reducen en una sociedad formada, á los ordinarios de la *tradicón*; en este caso el individuo aparece y se halla *pasivamente* en orden al lenguaje. Pero esta nó es la situación propia del hombre respecto del idioma, pues de otra suerte jamás las lenguas hubieran recibido modificación alguna, ni se hubieran fraccionado de tan varias formas; el lenguaje, una vez apropiado, se hace individual, y queda bajo la acción particular de cada uno, de tal suerte que lo que se nos ofrece como lengua común y social, antes de ser recibida personalmente, pasa á ser única propiedad del individuo, como si nunca hubiera tenido lengua madre. Con esta asimilación se ejercita la *actividad* psíquica; y esta actividad ejercida en un medio social recibe y da sus influencias en los diversos órdenes, y en lo que atañe á la vida del lenguaje, resultando de ahí un *subtractum* de fuerzas *conservadoras* y fuerzas *modificadoras* de las lenguas, que encontramos en la evolución sucesiva de ellas.

En la investigación lingüística entran siempre como factores de importancia los *cambios de sonido*, y los *cambios de sentido*, cuyas causas generales es indispensable tener presentes para llegar á la *etimología* real y al conocimiento filológico de los idiomas. Los cambios de sonido penden del carácter de las llamadas *leyes fonéticas*, de las cuales nos hemos ocupado al tratar de las escuelas que disputan la naturaleza de dichas leyes, presentando allí la teoría de la influencia fisioló-

gica de los antiguos (que ha renovado Osthoff), la psicológica de los modernos, y la acción individual y social que obran en las transformaciones de los idiomas. Aquí sólo hemos de recordar, que siendo la Ciencia del Lenguaje disciplina histórica, la Fonética es simplemente un medio, y por lo mismo no constituye por sí sola la certeza de las conclusiones lingüísticas (1). El camino contrario llevaría á identificar la Etimología y la Fonética, lo cual ocasionaría innumerables errores en el origen y relación de las palabras. Puede decirse, advierte M. Müller, que el sarcasmo de Voltaire contra la lingüística de su tiempo se convirtió en verdad en el nuestro: la Etimología científica, en efecto, no se preocupa ni de la identidad ni de la semejanza de los sonidos ó de la forma, al examinar el parentesco de las palabras; no intenta únicamente decir que un vocablo deriva de otro, sino seguir su transformación paso á paso, cualquiera que luego resulte la semejanza ó desemejanza, la distinción ó identidad de los términos comparados. Y así como en Algebra ó Geometría llegamos, conducidos por su método, á demostraciones, al parecer, inverosímiles, de igual modo en la ciencia del Lenguaje llegamos á conclusiones del todo contrarias, unas á la apariencia fonética de las palabras, y otras mu-

(1) En orden á los cambios fonéticos de que hablamos en otro lugar, son de notar las siguientes palabras de Bodino (*Method. hist.*, c. IX.), que señala las tres causas principales de alteración lingüística con la precisión de cualquier filólogo de nuestros tiempos. "Mutationes linguarum, escribe, tribus potissimum de causis (omitto eam, quae est a Mose allata, quae simul ac semel contigit). Una est *in ipso decursu temporum*, quibus non modo linguae sed etiam res omnes immutantur, ac tota rerum natura senescit. Ita Polybius scribit, anno minus quinquagesimo, quam ictum faedus erat inter Poenos et Romanos, verba foederis quae ipsa antiqua vocat, vix legi potuisse... Altera causa est *in coloniarum ac populorum inter se ipsos confusione*. Argumentosit Italia et Graecia quae tot seculis puritatem graeci ac latini sermonis tenuerunt; postea quam scythae et gothi utramque invaserunt, tanta mutatio consequuta est, ut neque Latium neque Attica, ubi nunc sunt, extitisse videntur... Postrema linguae mutanda causa *in ipsa regionis natura versatur*; proprium est enim omnium populorum qui magis inclinant ad Septentrionem vocibus consonantibus asperime collis, sine vocalibus... et crebas aspirationes afferre... Australes vero lenissime pronuntiant."

chas inverosímiles al que juzgue por semejanzas ó desemejanzas de sonido. De ello resultan muy varias relaciones de conformidad y oposición entre la Etimología y la Fonética, sobre las cuales debe tenerse presente: 1.º, diversas palabras toman una misma forma en lenguas diferentes.—Una misma palabra toma formas diferentes en una misma lengua; 2.º, una misma palabra toma formas diferentes en lenguas diferentes.—Palabras diferentes toman la misma forma en una sola lengua. En lo cual se incluyen las combinaciones posibles, que bastan para conocer la distancia que existe entre procedimientos fonéticos y procedimientos etimológicos propiamente tales (1).

(1) Por esto se ve la inexactitud con que Hovelacque (*La Linguistique — Dangers de l'étimologie*), y otros hablan de las investigaciones lingüísticas, confundiendo la Etimología propiamente histórica con las apariencias fonéticas, é intentando deducir de la inseguridad de éstas la falsedad de aquella. De aquí que se nos hable, como hace el escritor citado, de las semejanzas entre algunas palabras, que sin embargo nada tienen de común, como en alemán, *bereit*, preparado, dispuesto, y en latín *paratus*, en alemán *aehenlich*, análogo, y en griego *analogos*, en inglés *to call*, y en griego *kaleo*, llamo, convoco, cual si la Ciencia del Lenguaje aceptase esas apariencias como norma de sus conclusiones, y no tuviese más criterio que el que pretende Hovelacque concederle. Para argüir de esa suerte es necesario ignorar las diferencias que separan los procedimientos actuales de los que usaron Filoxeno y Herodiano, Varrón y Macrobio, ó los hermanos Scaligero, pues ellos presentan ejemplos de apariencias fonéticas más claros que los que recuerda el escritor francés; y de ser válido su razonamiento, debería conceder que la Filología comparada actual no hace otra cosa que reconocer y confirmar las etimologías de los gramáticos de la antigüedad. Por lo demás, si la verdadera etimología ofrece dificultades (v. Max Müller, *Nouvelles, Lec.* I), es precisamente por el proceso *cronológico* de variantes que el filólogo debe descubrir en las palabras con atinado criterio histórico-lingüístico, y que descuidaron los antiguos del todo, entregándose al facilísimo método de semejanzas. Por analogías de sonido puede iniciarse una comparación lingüística; así ha comenzado Coerdoux á pensar en las relaciones del sánscrito y latín, comparando *dattam* y *datum*, *madhya* y *medius*, *nava* y *novus*. *vidhaba*, y *vidua* etc. (*Breal, Introd.* á la *Gram.* de Bopp., tr. fr. I); pero la investigación del origen de esas analogías, y el descubrimiento de otras reales que á simple vista no aparecen, quedan muy lejos del aspecto fonético. "Las investigaciones lingüísticas, dice Whitney (*La Vie de Langage*) apóyanse en el estudio de la etimología, en la historia individual de

El cambio de *sentido*, cuyo estudio es de importancia suma en la vida de los idiomas, constituye el objeto de semasiología, sematología ó semántica. Puede decirse que la parte funda-

las palabras y de sus elementos,“ sin que baste, como advierte M. Müller (*Nouv. Leçons* I) la verdad de una derivación, mientras esto no aparezca convenientemente demostrada.

Hemos de añadir que cuando se habla de criterios históricos en la Etimología, deben extenderse en su aplicación no sólo á las evoluciones de la palabra constituida, sino también al origen é historia de sus constitutivos, en cuanto sea factible, y á la diversidad de significaciones que en diversas épocas y lugares pudieran corresponderles, porque la incertidumbre en esto puede hacer dudoso el verdadero valor de un vocablo. Spiegel (*Museon* II) nos proporciona un ejemplo de lo primero con el eranio *hudanu* y con el sánscrito *sudanu*. El filólogo que cree deber explicarse el eranio *hudanu* directamente por los Vedas, declarará consiguientemente que dicha palabra viene del sánscrito *sudann*, y entonces significará aquel vocablo “liberalísimo.“ Por el contrario, un seguidor del método de Burnouf, apoyándose en el mismo eranio, lo traducirá por “sapiéntísimo,“ teniendo por verdadera la existencia de una raíz *da*, saber, la cual no se ha conservado en sánscrito. El eranio *duraosha*, derivado por un sánscritista del indio *duroscha*, tendrá una significación equivalente á “invulnerable,“ y traducido por el método tradicional, equivaldría á “el que está lejos de la muerte.“ El cambio de valor significativo, como diremos luego, puede alterar todo un conjunto doctrinal filológico. Darmesteter explicaba la religión *mazdeista* recorriendo á los Vedas, y de la identidad ó semejanza de raíces sánscritas y eranias, infería la identidad de significaciones, concluyendo de aquí que las creencias avésticas no eran sino una manifestación de las creencias védicas. Harlez, por su parte, reconociendo en la controversia con el eranista francés la verdad de las premisas, negó con éxito la legitimidad de la conclusión, haciendo ver como sin mudar su material fonético las palabras, mudaban de significado. “Una cosa es, decía Harlez (*Les Origines du Zoroastrisme*), buscar el origen de una frase ó de una idea, otra cosa determinar el sentido y el valor que tengan en un libro en un tiempo determinado. La misión del intérprete del *Avesta* (digase lo mismo de todo libro) no es la del investigador de los orígenes. El primero debe dar á las palabras la misma acepción que los autores del libro, por muy diferente que sea la significación primitiva. Un ejemplo hará esto evidente. La palabra homérica *daioi* es la védica *dasyas*. ¿Pensaremos por eso que los *daioi* son los demonios de la atmósfera? ¿Qué se diría del traductor que introdujese estos últimos en la *Iliada*?“ La crítica, pues, y la *hermenéutica* entran por mucho en la verdadera historia de las palabras, que es el objeto de la Filología comparada.

mental de la semasiología está constituida por la teoría de los *tropos*; porque, en efecto, no son las palabras la definición de las cosas, ni están ordenadas á darnos concepto de su esencia, sino que aplicadas las denominaciones con relación á las cualidades más salientes, ó por lo menos más importantes desde el punto de vista subjetivo, distan mucho de representar, en general, los objetos con exactitud, siquiera el olvido de las etimologías y la evolución realizada en los sonidos, hagan aparecer como designaciones propias, las que sólo por el uso y consentimiento tradicional resultaron *apropiadas*. El lenguaje representa las cosas de una manera *incompleta*, é *inexacta* á la vez. De una manera *incompleta*; porque las palabras, por ejemplo, «sol,» «luna,» (que significan *lo brillante*) no puede decirse expresen todo lo que incluimos en el objeto *sol*, ni en el objeto *luna*. De una manera *inexacta*, porque las denominaciones suelen fundarse en una cualidad que varía, ó que no siempre está en ejercicio, sin que por eso deje de llevar la cosa el mismo nombre; así ni del sol ni de la luna podemos decir que brillan cuando no están en nuestro horizonte (el nombre de *lo brillante*, les fué dado sin tener en cuenta las nociones astronómicas que poseemos), como del *caballo* (que significa «el que corre velozmente,») no podemos decir que corre cuando está quieto. Y aunque esto no tiene lugar de la misma manera en todas las voces, en ninguna llega á expresar el nombre más que una pequeña cantidad de la realidad del objeto. Sólo los nombres abstractos son adecuados, porque se refieren á una operación del espíritu, y prescinden de la modalidad concreta que revisiten en cada cosa. En los demás casos se ve el espíritu de una parte en la imposibilidad de dar nombre peculiar á cada cosa, que exigiría multitud inmensa de denominaciones, limitándose por eso mismo á designarlas por categorías, en las cuales cada uno coloca los individuos que desee expresar, y de otra, en la imposibilidad de hacer entrar en la palabra todos los conceptos que el objeto despierta en el espíritu, concretándose por ello, á elegir entre las diversas notas, una sola.

La teoría de los *tropos* (*tropos* de *dicción* y de *sentencia*) permite la traslación del sentido mediante el conjunto de las *figuras* respectivas, que tan adecuadamente estudiaron Trifón y Quintiliano en la antigüedad, y constituyen ahora objeto de

la Retórica. Todas ellas consisten en hacer resaltar una cualidad especial de un objeto á expensas de los demás, y por lo mismo, representan siempre una preponderancia del orden *psicológico* sobre el puramente *lógico*, ya que á expensas de éste, que exige equilibrio de conceptos y palabras, se acentúan en aquel determinadas palabras y conceptos. De aquí que, así como las denominaciones aparecén desde su origen deficientes como expresión adecuada de las cosas, los cambios en ellas, en cuanto originado en los tropos, aparecen como resultado de un desequilibrio del lenguaje, viniendo de esta manera á ser verdad que «el gran hecho humano del lenguaje tiene por principio un paralogismo,» como dijo Darmesteter. Las *sinédoques* (tropos por conexión), *metonimias* (tropos por correspondencia), y las *metáforas* (tropos por semejanza), abarcan el mundo lingüístico desde los elementos atómicos que el análisis halla en las palabras, y que suelen decirse raíces, ampliándose su valor á costa de figuras en cada palabra en que se encuentra, hasta el conjunto del discurso completo gramatical y lógicamente; desde la nomenclatura de las ciencias abstractas (compuesta de raíces, potencias, factores, etc.) hasta la de la obra literaria más perfecta; desde el nombre del Ser infinito, personal, teológico, *Dios*, hasta el nombre del ser infinito abstracto, ontológico, *Ente* (1). Esta evolución del valor significativo de las palabras en sus múltiples aspectos, es lo que constituye el objeto de los estudios *semasiológicos* (2).

(1) Para las influencias tropológicas á través del lenguaje, véanse los *Psychologische Studien zur Sprachgeschichte* de Kurt Bruchmann, donde se traen, además, no pocos ejemplos (recogidos especialmente del abundoso *Thesaurus hymnologicus* de Daniel) que evidencian las corrientes de locuciones figuradas de unas á otras literaturas.

(2) El estudio de las significaciones, — *Semasiología* ó *Semántica* (denominaciones debidas respectivamente á Reisig, — *Leç. sur la langue lat.*, y á Breal, — *Essai de Sem.*) en cuanto se opone al de los sonidos ó Fonética, entra, de una parte, en relación con la Retórica por las formas de *elocución*, y de otra, está en los confines de la *sintaxis*. Estudia, pues, 1.º, las relaciones del sonido y del sentido en el origen de las palabras, y las leyes de *ampliación*, *restricción* y *transformación* de significaciones, así como el uso de las *figuras* en el lenguaje; 2.º, las leyes de *polisemia*, ó significación múltiple simultánea de

Combinándose los cambios de sonido y de sentido, entra en la Ciencia del Lenguaje el estudio del valor de las partes de la oración en el discurso, que suele denominarse *Sintaxis*, en cuanto nos conduce á comparar desde dicho punto de vista los elementos primitivos de una familia lingüística. Si la Fonética y la Semántica nos dan la parte *material* y lexicológica de la *Etimología*, ó sea el sonido y la significación, la *Sintaxis* histórica, nos ofrece la parte *formal* de aquella; porque no se limita al examen aislado de la palabra (á la λέξις de los griegos), sino que inquiera la historia de sus funciones en el discurso, en el λόγος; busca el valor, no de las partes en sí,

las palabras, con el fenómeno de la *repartición*, ó diferenciación sucesiva de palabras sinónimas; 3.º, las leyes de *analogía* significativa, y los fenómenos que pueda ocasionar; 4.º, la formación de categorías gramaticales, la creación y desaparición de formas lingüísticas, y el orden de las palabras en la frase, considerado en las diversas clases de lenguaje; 5.º, las relaciones lógicas y psicológicas de la palabra, y su mutua acción en el discurso. Todos estos puntos pueden ser expuestos y explicados de la diversa manera que lo permiten las teorías lógicas, morfológicas y psicológicas de cada escuela. Darmesteter en la *Vie des mots*, Whitney en la *Vie du langage*, Breal en la *Sémantique*, entre otros, han presentado con buen criterio la parte general de las relaciones de sonido y sentido en el lenguaje; Heerdegen en su *Semasiolog. latina*, Westphal en la *Semasiol. de la lengua griega*, y otros, hicieron estudio concreto de transformaciones significativas en lenguas determinadas.

En cuanto á las normas á las cuales hayan de reducirse las variaciones semánticas, no todos están conformes, si bien en ello es mayor la diversidad material que no la de conceptos. Whitney reduce á dos los cambios en el proceso de transformación significativa de las palabras: 1.º, especialización de términos generales; 2.º, generalización de términos especiales. Pott (intr. al vol. V del *Wurzel Wörterbuch d. I. G. Sprach.*), señala siete clases de cambios de significación: extensión del sentido; metáforas; aplicación de una palabra á personas, cosas ó cualidades; empleo especial de palabras activa ó pasivamente; expresión de una idea por una palabra simple ó compuesta; empleo de una palabra en diversos sentidos; introducción de palabras nuevas no completamente sinónimas á las desaparecidas. Breal y Bailly, distinguen cinco fenómenos principales. (Véase Breal et Bailly, *Les mots latins*, y un extracto en Reinach, *Semasiologie*; Whitney, *Le langage et l'étude*, etc.; Breal, *Essai de sémantique*; y además las importantes observaciones de Sayce en sus citados *Principios*, las de Westphal en su *Semasiología griega* y de Heerdegen en la *Sem. latina*).

sino en el todo, ó en la proposición, en cuanto desempeñan un oficio determinado como partes del discurso (*αὐτοτελής λόγος*). Por eso le corresponde investigar el primitivo alcance significativo de dichas partes del discurso, de los casos, de los modos y tiempos, etc., y por lo mismo el valor antiguo de los sufijos que hacen de una palabra verbo ó nombre, sustantivo ó adjetivo, y el de las raíces á que aquellos se unen. La Morfología puede proporcionar en el análisis materiales á la investigación sintáctica sobre la significación primera de los elementos analizados en las formas de elocución; pero esto mismo obliga á la sintaxis comparada á entrar con la Morfología en un período *prehistórico*, y asistir á la creación misma de las formas lingüísticas, desde el momento en que aparecen distribuyéndose en las categorías gramaticales de los idiomas aglutinantes y flexivos, y éstos están fuera del monosilabismo (1).

De aquí se sigue que la verdadera teoría sintáctica debe ser presentada sobre bases históricas y comparadas, guardan-

(1) Para reconocer la importancia de las teorías sintácticas en la Ciencia del Lenguaje, basta recordar que la sintaxis encierra la razón formal de los idiomas y su valor ideológico, que es, en resumen, el valor único que los caracteriza; si puede haber idiomas sin morfología (los monosilábicos) no los hay ni puede haberlos sin sintaxis. En este sentido es muy verdadero que las lenguas nunca comienzan sino por la frase; esto es, que ya se trate de una ó muchas palabras, y sean éstas de cualquier condición, siempre han de representar *ideas*, *juicios*, ó *raciocinios*, ó sea frases completas, que por lo mismo son sintácticas. Entendida de esta suerte la afirmación de Sayce (*Principles etc.*) que los primeros elementos de la lengua son *frases*, no podría negarse. Una simple interjección puede contener una proposición íntegra, y aun por eso decía Wolf (*Encyclop. etc.*) que ésta podía ser expresada por el gesto "wir sind im Stande durch mienen Sätze auszudrücken." En igual sentido dice Humboldt (*Ueber die Entst.*) que "la lengua no puede resultar sino de una sola vez, ó más exactamente, debe en todo momento de su vida poseer aquello que la hace ser un *todo*. Ella va repitiéndose sucesivamente en círculos más amplios ó más estrechos dentro de sí misma; en la simple proposición, en cuanto reposa sobre la forma gramatical (sintaxis), ya existe unidad cumplida." Más explícitamente escribe Pott (*Einteilung etc.*): "La lengua no intenta sólo *nombrar*, sino que intenta *decir* algo, y para conseguirlo, recurre á los nombres como signos estables y medios al objeto. De aquí que intencionalmente

do analogía con los procedimientos científicos de la Morfología, ya que sólo de esa suerte puede llegarse á formular conclusiones bien definidas sobre el uso, valor y modificaciones de los elementos que constituyen el discurso, en cuanto tales. A esta falta de comparación científica deben atribuirse las deficiencias que se echan de ver en la tan importante rama de la Ciencia del Lenguaje á que hacemos referencia. Mientras la Gramática comparada ajustándose de una manera excesivamente extremada al empirismo analítico de las investigaciones indias, prosiguió su camino en el orden morfológico por los derroteros que trazó Panini á los estudios de Bopp, hubo

debe comenzar con proposiciones, aunque una proposición haya de tener lugar mediante una sola palabra; bien sea que en esta palabra aparezca la distinción entre lo que se dice y el objeto de la afirmación, ó que con facilidad el oyente integre con su pensamiento el elemento que falta." Fácil sería añadir otros muchos testimonios que confirman la necesidad del carácter sintáctico del lenguaje, aunque se trate de una proposición resumida en un vocablo, en lo cual especialmente insisten Heyse y Steintal.

Sobre la importancia que nosotros atribuimos al estudio sintáctico de las formas, harto descuidado, otros nos han precedido en reconocerla. Así Regnier no duda considerarla como el centro de la Ciencia del Lenguaje para el conocimiento psicológico de los idiomas. Boeckh (*Encycl. u. Method. d. philolog. W. ssensch.*), después de notar los defectos capitales que aparecen en los tratados sintácticos tradicionales, escribe: "Sólo por la sintaxis adquiere la morfología entera claridad; porque el valor fundamental de todos los elementos formales, de las partículas, ó sea de las formas flexivas, se establece sólo en el uso sintáctico. Por los elementos formales las palabras se convierten en miembros de la proposición, y su función se debe derivar, como en los demás organismos, del todo; así que la sintaxis de las diversas categorías de las palabras, debe fijarse mediante una doctrina sistemática de la proposición, que ha de establecerse naturalmente con método histórico..."

Refiriéndose á la necesidad de que la sintaxis acompañe á la etimología y se haga en cierto modo *prehistórica*, como hemos dicho arriba, hace Pott (*Etymol. Forsch.*) esta declaración: "Todo en la lengua, desde las sílabas elementales hasta el período más desarrollado, hasta el mismo discurso, mediata ó inmediatamente se halla ligado por todas partes con mutuas relaciones; así que ella es como espeso tejido de hilos que es necesario conocer uno por uno en cuanto á su materia, á su dirección y á su crecimiento, para poder llegar á seguro conocimiento del conjunto. En cuanto á la sintaxis en particular, casi universalmente se tiene de ella faja idea en nuestros